

LUIS MATEO DÍEZ  
*El expediente del naufrago*

Madrid, Alfaguara, 1992, 333 pp.

“**Q**uién es Alejandro Saelices?” Responder a esta pregunta va a suponer para el protagonista de la última novela de Luis Mateo Díez toda una experiencia iniciática en los secretos de la existencia.

Porque la vida está llena de casualidades. El descubrimiento fortuito del testamento de un oscuro empleado del Archivo Municipal de alguna nebulosa ciudad del noroeste –A. Saelices– por parte de Fermín, un joven que, años después, parece ocupar su mismo puesto en ese universo de papel caótico y marginal, constituye el inicio de una búsqueda pronto convertida en obsesiva. Esta labor investigadora pone de manifiesto una insospechada red de afinidades entre ambos personajes, a partir, sobre todo, de algo que no parece sino el escribir versos, secretos, alumbrados con mejor intención que fortuna, pero siempre con una decidida voluntad transgresora. O quizá se trate, mejor, de una progresiva identificación. Guiado por una fuerza ante la que no opondrá mosaico de perdedores que sobreviven en ambientes también crepusculares, vago recuerdo de una bohemia degradada y condenada al olvido, que busca refugio en paraísos artificiales abiertos hasta altas horas de la madrugada y en la eternidad de los bebedores; naufragos en un amor de ideales puros –la Poesía, el Amor– que han encontrado incluso su musa en una mujer fatal, Eloína, la propia hija de Saelices; seres anónimos arrojados a la costa de una isla del suburbio y condenados al olvido, como los legajos del Archivo, depositarios de una memoria inútil. Encuentra toda una humanidad degradada que, en ocasiones, es presentada como encarnaciones menores de personajes extraordinarios –Pulgarcito o el Genio de la lámpara maravillosa– conocidos por todos, y que pueblan los cuentos y las leyendas de nuestra infancia.



El recurso a la cultura oral constituye así, una vez más, uno de los rasgos definitorios del modo de novelar de Luís Mateo Díez. Narrador nato, su gusto por contra justifica que una anécdota mínima, banal, establezca el punto de arranque de la historia, la aventura de ese moderno Dante que ha de bajar a los Infiernos y subir al Paraíso guiado, como Teseo, por un hilo de Ariadna fabricado en celuloide: qué se le va a hacer, los tiempos cambian y las historias nunca serán lo que fueran antaño, del mismo modo que Fermín no es ni un gran poeta, como el primero, ni un héroe, como el segundo; no son éstas las únicas referencias literarias fáciles de percibir, pues no faltan personajes de raigambre tan novelesca como Oblomov, el falso ruso, o toda esa *bohème*, con minúscula, de aires finiseculares.

Porque, ya está dicho, en la propuesta realista de Luís Mateo Díez la vida está llena de coincidencias casuales. Y de misterio. Y de humor. En el ambiente prosaico de las dependencias municipales hay también lugar para la poesía, pero ésta no es sino la primera sorpresa; en un tiempo y en un espacio reducidísimos, se dirime una lucha continua por mantener despierto el interés del lector tras la pista de Saelices, resuelta en un insospechado encuentro final. Por el camino habrán quedado muchas cosas, como aquella nota del suicida: "Me maté porque era mío", que, tras provocar la más sonora carcajada por sus reminiscencias arrabaleras, deja paso a la más amarga de las sonrisas cuando se descubre su verdadero sentido, la confesión de una inmensa soledad, de un completo fracaso.

El mundo es una isla triste y el ser humano un naufrago sin remedio.

ISABEL-ARGENTINA FUENTES

